

LA MUERTE Y LA GENTE LINDA

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales
www.alfredojoignant.cl

Qué duda cabe: la horrible muerte del matrimonio Luchsinger MacKay es, literalmente, imperdonable, y nadie en su sano juicio puede siquiera pretender relativizar este cruel homicidio en nombre de alguna causa, sea esta la del pueblo mapuche, de los oprimidos, de los pobres, de la discriminación infame o de todas estas alternativas al mismo tiempo.

Sin embargo, alguna razón habrá para que este asesinato haya producido en Chile tanta conmoción pública, más allá de las características horribles de la muerte: después de todo, uno lee o escucha a diario relatos de muertes atroces y no por ello el escándalo perdura en la retina y la memoria del televidente o del lector. Lo que explica la conmoción y la alarma pública provocada por la muerte del matrimonio Luchsinger MacKay no es el hecho en sí mismo, sino más bien la identidad social de quienes perdieron la vida y el atentado a la propiedad privada involucrado: blancos, de origen suizo, propietarios de tierras, gente al final de cuentas poderosa desde el punto de vista de su estatus civil. Dicho de otro modo, la alarma radica en que quienes murieron forman parte de aquel selecto grupo de chilenos que se suele calificar como “gente linda”, o si se quiere “gente bien”.

Cuando Joyce se preguntaba, en su maravilloso libro *Ulises*, “¿qué es lo que hay en un nombre?”, la respuesta no es muy distinta a lo que estoy aquí sugiriendo: para unos pocos, trascendencia, permanencia en el recuerdo, orgullo, distinción y singularidad, y para la mayoría in-diferencia ante lo que es una masa de personas que en nada destacan. No es una casualidad si muchos recuerdan y hasta se conmueven, casi como un reflejo condicionado, con el asesinato hace veinte años del niño Víctor Zamorano Jones en un acomodado sector del barrio alto de Santiago, en Lo Curro, y a nadie le evoca siquiera un atisbo de emoción la muerte violenta de un Gómez, Rojas o Neira en comunas periféricas de las grandes urbes del país: a decir verdad, a nadie le importa la muerte de personas comunes. Se nos dirá que lo que explica la conmoción del asesinato del matrimonio Luchsinger MacKay es el carácter “terrorista” del acto, un argumento que no resiste la pregunta referida a la amnesia que rodea la muerte –también “política” e ilegítima– de Jaime Mendoza Collio o de Edmundo Alex Lemun hace tan sólo un puñado de años, ambos de origen mapuche y cuyas muertes conmovieron a pocos, y dejaron indiferentes a muchos. ¿Por qué será?

Tengo perfecta conciencia de cuan arriesgada es esta columna. Se dirá que su autor relativiza la atrocidad de la muerte del matrimonio Luchsinger MacKay, que incluso se justifica en ella el asesinato, o en un tono menor lo comprende. Pero no es de eso que trata mi argumento: es un asesinato repudiable y, de veras,

imperdonable, y caerán legítimamente sobre sus autores las penas de este infierno laico que consideramos ecuánime y que llamamos justicia. Lo que me interesa e importa en esta interpelación al lector es una pregunta: ¿por qué recordaremos por años, y tal vez por décadas, la muerte cruel de este matrimonio, mientras que la memoria será esquiva ante la muerte de Mendoza Collío, Lemun y Catrileo, cuyos apellidos poco nos dicen hoy y nada nos dirán en el futuro? Definitivamente, no hay nada menos democrático que la memoria, y nada más desigual que el recuerdo.